



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE
MÉXICO

**PERFILES
EDUCATIVOS**

ISSN 0185-2698

López Medina, José Guadalupe (1996)
“APUNTES DESDE LA ISLA DE NINGUNAPARTE”
en Perfiles Educativos, Vol. 18 No. 74 pp. 37-40.

APUNTES DESDE LA ISLA DE NINGUNAPARTE

José Guadalupe LÓPEZ MEDINA*

Las aventuras intelectual, moral y física que implica la utopía se reúnen en la mirada del que la emprende. Este texto constituye una metáfora filosófica, si cabe decirlo, sobre algunos de los problemas ontológicos fundamentales que plantea la utopía: la duración, el azar, la incertidumbre, todos ellos imbricados en la educación del hombre, terreno espinoso. El absolutismo opresor, las "sólidas geometrías" del territorio visitado ocultan un hallazgo: una vida ética de facto.



NOTES FROM THE ISLAND OF NOWHERE. *The intellectual, moral and physical adventure that a utopia entails shows in the eyes of those who undertake it. This article is a philosophical metaphore, if one may say so, of some of the fundamental ontological problems which utopias pose: duration, fortune and incertitude, all part of the education of man, that thorny land. The oppressive absolutism, the "solid geometry" of the land visited, hide a finding: an ethic life ipso facto.*

roses, but many
X. R. de Ventós

Utopía se llega por azar o providencia: por casualidad o iluminación. Toda la diversidad de peligros que relatan las viejas novelas de aventuras -el naufragio en mares tempestuosos o el acoso de hordas bárbaras sobre intrusos bien intencionados que duermen en medio de la nada-, pueden acontecerle al ansioso viajero antes que aviste en el horizonte las costas del territorio ideal. Si eso no fuera suficiente, es posible, también, que deba librar las enormes pilas de prolegómenos que se han acumulado a la entrada de las ciudades utópicas, si quiere poner pie en el Reino de Ningunaparte. En honor a la precisión conviene recordar, antes de avanzar más, que transitamos por un discurso vuelto territorio, por una convención vuelta isla que mantiene una forma definida, pero cuyos límites se ensanchan a medida que el pensamiento se adelanta hacia ellos.

La primera impresión

Un malestar, derivado quizás de un sentimiento de extrañeza, puede embargar al visitante que recorre por primera vez las calles, las plazas o los edificios de una ciudad utópica; construidos de acuerdo al plan de una razón geométrica que extiende su dominio a todos los ámbitos de la vida de sus habitantes. Incluyendo aquellos asuntos que forman parte de la vida privada tal y como hoy la concebimos, entre los cuales se hallan el matrimonio, la reproducción y la crianza de los hijos, la eutanasia, la eugenesia, el derecho de legación, la elección del lugar de residencia o la decisión de ejercer o no un cierto tipo de actividad manual o intelectual.

* Licenciado en educación básica, diseñador gráfico y poeta.

Probablemente esa extrañeza se disipe introduciendo una relación, condicionada por la autoridad, entre las instituciones, los rituales, el uso y la distribución de la riqueza y del tiempo, la propiedad comunal, el pleno empleo de los trabajadores en las actividades productivas, la técnica, la trasmisión del conocimiento y las condiciones materiales de esta nación. Concibiendo un poder "discreto" diseminado en el cuerpo social de este estado que, para su continuidad, depende de la apretada contigüidad de sus elementos. Este continuo o universo autorreferencial parece sugerir, por su precisión y constancia, una imagen detenida: una "impresión".

El orden ideal

Utopía es un proyecto de convivencia que se propone la superación del estado de incertidumbre social que representa la elección personal del bien, y el fin del conflicto individual que supone el libre albedrío. Una tentativa de vida moral colectiva en un estado ético de facto, basado en un régimen de propiedad comunal, que suprima el azar de la vida de los hombres aboliendo previamente las causas y los motivos que llevan a los ciudadanos a preferir el interés personal sobre el colectivo. Al prohibir explícitamente tanto a los naturales como a los extranjeros que ingresan al territorio, la práctica del arte de usar las circunstancias públicas para provecho particular, que constituye el dominio empírico de la política -en beneficio del ideal de duración que anima a este estado autosuficiente.

La crítica que se halla implícita en esta pretensión de orden absoluto se dirige, ante todo, a la naturaleza y, en última instancia, a la existencia humana. Existencia y naturaleza consideradas erráticas, intrascendentes e incapaces de constituirse en historia. Frente a esta "debilidad" de la existencia individual del hombre utopía levanta su exiguo, aunque ambicioso, relato de nuestra existencia ausente: un abstract, un minucioso a grosso modo.

Producto optimista de una concepción negativa del hombre, utopía se alza sobre cimientos voluntaristas. Ambigüedad irresoluble, vacío conceptual que el escritor de relatos utópicos prefiere casi siempre soslayar, pasando de puntas y de prisa la crónica sobre la fundación de las ciudades ideales. Nunca, después de esa ocasión, volverán a tener tanta importancia para la economía y la continuidad de este orden el libre albedrío y la voluntad individual. Debajo de este voluntarismo subyace un prejuicio naturalista vuelto del revés: que el hombre debe ser educable porque es educado.

Tomasso Campanella o el ideal educativo de la utopía

Los utopistas del renacimiento -Moro, Campanella, Bacon- compartieron la misma preocupación respecto de los métodos de enseñanza y la práctica de los conocimientos que convenía aplicar en sus sociedades imaginarias; concediendo a la educación una importancia capital en sus esquemas, que si no rivaliza con la que otorgaron al orden es, sin duda, porque consideraban que la educación asegura la permanencia del orden.

De esos tempranos utópicos ninguno ilustra mejor que Tomasso Campanella el ideal educativo de este pensamiento convencional. Lejos de restringir la educación a un sitio exclusivo o a un grupo de individuos determinado por la edad, Campanella toma a la ciudad -plazas, murallas, templos, jardines, comedores públicos, campos de cultivo, etcétera- como sitio idóneo para la aprehensión, el intercambio y la práctica del conocimiento. La suma del saber acumulado hasta entonces, con base en la abstracción o la experiencia, se condensa en imágenes sobre los vastos muros concéntricos de la Ciudad del Sol, hasta conformar un memorama urbano que se anticipa al proyecto compendiador y enciclopédico de la Ilustración. Este sistema mnemotécnico equivale, en un nivel simbólico, a la pretensión utópica de enunciar y explicar todo acto o acontecimiento, y relacionarlo con una causa que, a su vez, puede derivarse de otro acontecimiento.

La conciencia del acto, ya que no siempre de sus motivos o sus causas, crea el hábito intelectual del cultivo de la memoria, cuya suma es la erudición. El saber erudito se encuentra ligado al concepto de mundo, orden original que es posible reconocer, más que conocer, por la semejanza que muestran entre sí cosas y seres del cielo y de la tierra; marca de la divinidad que es el meollo del acto ordenador y los sistemas en que

deriva. De hecho, a través de la repetición pertinaz de sus actos y la costumbre de relacionarlos a un número reducido de símbolos y figuras lógicas, casi todos los hombres realizan complejas operaciones intelectuales en su vida cotidiana. En la herbolaria empírica, por ejemplo, se conservan restos de este antiguo sistema de reconocimiento, con las sobradas ventajas que derivan de un principio asociativo simple.

El estado de certidumbre

Es posible que en un plano formal aún sea válido considerar como rasgos convencionales propios del género literario, el carácter absolutista de esta construcción social o su manifiesta obsesión por el detalle. Desde una perspectiva modal, sin embargo, estos rasgos quizá debieran observarse como manifestaciones de la relación exclusiva que el pensamiento utópico establece no, como era lógico esperarlo, entre orden y caos sino entre orden ideal y orden... Otro y cualquiera. Operación que equivale a asimilar cualquier orden no utópico a un estado de incertidumbre.

Ahora bien, si la metáfora espacial detrás de la definición del orden como algo estático nos parece convincente, tal vez no resulte forzado considerar que el orden es el ahí del pensamiento utópico, su referencia obligada y su entelequia.

Llamamos estado de certidumbre a este universo donde el azar ha sido excluido o, para decirlo en forma extrema, donde el azar, asimilado por el orden ideal, tiene un lugar previsto, un sitio a donde nunca llega inesperadamente. Estado de certidumbre y estado de azar controlado son nombres que hemos inventado para referirnos a las sociedades utópicas concebidas por Moro, Campanella, Bacon, Andreae, Burton, etcétera. Estado de certidumbre porque opone y limita la voluntad individual y el libre albedrío al propósito colectivo de la duración. Estado de azar controlado porque otorga estatuto de necesidad al acontecimiento que antes fuera accidente, transformando la arbitrariedad material en convención institucional.

La convención utópica

El azar controlado que prevalece en las ciudades utópicas sugiere dos cosas: que el accidente una vez agotada su temporalidad se integra a la memoria como un saber empírico y que, esta experiencia en que deviene el accidente, organizada a modo de un índice mnemotécnico-emotivo de la sociedad, permite deducir la utilidad colectiva de hechos futuros y establecer una relación condicional entre sus posibles consecuencias y la vida de cada uno de los ciudadanos. De ahí que la convención que trasciende al accidente se refiera siempre a una necesidad última que precede al origen de todas las producciones físicas y sociales.

A partir de la noción de necesidad, por cierto, se puede establecer la distinción entre el orden y el caos, recuperando a este último como una instancia frente a la cual el orden se define por oposición: lo que no es caos. El colofón de este argumento nos conduce a considerar que el accidente ya no revela una existencia al margen de la necesidad sino la insuficiencia de los datos en que se informa el juicio e, incluso, una tara ontológica de la razón manifiesta en su incapacidad para relacionar un acontecimiento con su causa.

Este par de insuficiencias, por sí mismo, permite colocar entre paréntesis cualquier experiencia que no se integre o refiera a un sistema o, mejor, todo conocimiento del cual no se deriven consecuencias o no sea él mismo consecuencia de otro que, para decirlo en términos escolásticos, pueda ser considerado su razón suficiente.

Una eventualidad que permanece

A los ojos de un pensador utópico la Naturaleza y la Historia aparecen desprovistas de "fuerza". En su opinión, ningún principio rector se desprende del estudio de sus producciones, al menos, ninguno que ofrezca a los hombres seguridad frente a los caprichos de la fortuna. Por su parte, dispuesto a no dejar al azar nada

relacionado con la organización de su modelo de sociedad, el utopista opone al devenir un orden institucional, regido por leyes claras y concisas, que involucra todos los ámbitos de la vida comunitaria de los ciudadanos. Finalmente, erige la duración del estado perfecto e inmutable como el principio normativo, con capacidad para propiciar e intervenir los acontecimientos de la vida social.

Los fundadores de Utopía y la Ciudad del Sol, Utopo y Hoh son buen ejemplo de lo que deseamos ilustrar. Unificadores y civilizadores de sus respectivos territorios, sabios legisladores y gobernantes vitalicios que heredan a sus pueblos un orden social, un modo de producción y unas reglas de convivencia, definitivas e inalterables, que basan su eficacia, funcionamiento y duración en el conformismo activo de los habitantes del territorio ideal.

La ciudad dialogante, discursiva y convencional, sitio imantado que convoca nuestros prejuicios, puede considerarse no tanto una idea que define una geografía, como un marco para las ideas abierto a soluciones singulares. Podemos añadir que -de acuerdo con su proyecto de duración- Utopía, isla de Ningunaparte, es una eventualidad que permanece.

Unas líneas sobre los tipos no utópicos

Por último, dedicaremos unas cuantas líneas a describir los rasgos generales de algunos de tipos de sociedad ideal, que en la mayoría de las ocasiones, suelen ser confundidos con utopía, cuando no acaban todos en el mismo cajón de sastre de una vaga noción del paraíso.

La idea de una naturaleza de las cosas, y por supuesto del hombre, tanto como la elección positiva o negativa de sus atributos, parece el fundamento del cual han partido filósofos y pensadores sociales para la construcción de sus distintos modelos de sociedades ideales, que difieren entre sí no sólo en género y estilo - algo que puede atribuirse al predominio que haya ejercido tal o cual género o estilo en una época o en un autor en particular-; sino también, en su actitud respecto a la naturaleza y a su forma de considerar el "problema colectivo": la convivencia humana en la sociedad. En *Utopía y sociedad ideal* J. C. Davis ha distinguido cuatro tipos de sociedad ideal, además de Utopía, que son, a saber: Cucaña, Arcadia, la República Moral Perfecta y el Milenario. Nosotros nos ocuparemos, en esta ocasión, solamente de los tres primeros.

Cucaña

Sacarse la lotería sin comprar billete, es una expresión que puede aplicarse bien a la suerte de los naturales de Cucaña; quienes viven en un estado de abundancia donde el hombre, en lo individual y en lo general, puede satisfacer sus apetitos sin cuidar los límites. Este paraíso sensualista es la expresión de un deseo más que un proyecto de sociedad ideal: el mito de la edad dorada sin concepto de decadencia. Puede decirse que tanto para el escritor como para los habitantes de la tierra de Cucaña el tiempo y, por ende, la elección moral -el "problema crónico"-, ha sido abolido.

Arcadia

Arcadia representa la sociedad construida sobre la identidad del bien y la naturaleza, es decir, en la elección de la naturaleza como arquetipo de perfección. El orden natural -bueno, simple y abundante- ocupa por entero el dominio de la ley en esta tierra pródiga, rigiendo la vida de los hombres que la habitan. En esto se asemeja más a una eutrapelia innata que modera los apetitos y las pasiones humanas que a un antecedente lejano de la teoría del derecho natural. Arcadia puede entenderse como un anhelo nostálgico por restituir al hombre la práctica de su ser original e inmanente, degradado por la complejidad inútil y el artificio de la civilización.

La República Moral Perfecta

El aristócrata metido a legislador que está detrás de todo proyecto de república moral experimenta una profunda desconfianza hacia la naturaleza. En ella encuentra ejemplo de inconstancia, hostilidad, caos, incertidumbre, desigualdad e injusticia. Por eso es consecuente que en su modelo de comunidad, a partir del dictamen negativo que emite sobre los atributos naturales, otorgue a las instituciones el espacio normativo que antes llenaba la naturaleza -y que todo su esfuerzo se encamine a contrarrestar la propensión humana a imitarla. De ahí también que estimular la participación de los ciudadanos en la vida política constituya su obsesión. Esta participación ciudadana en la vida institucional es el rasgo más atrevido de esta propuesta de convivencia humana, principalmente, porque resulta una defensa del libre albedrío.

Un hombre educado en el conocimiento del bien y la práctica de la templanza, como es el ciudadano de la perfecta república moral, preferirá el beneficio colectivo a su propio beneficio siempre que se presente la necesidad de elegir entre ambos. Lo singular de esta elección no resulta tanto de que sea el bien común lo que se elija en todas las ocasiones, sino que esta elección sea, en todos los casos, una decisión individual. La elección individual del bien social, contra el azar y aun contra la naturaleza se apoya, sin embargo, en las leyes e instituciones de la república que son quienes otorgan sentido y trascendencia a los actos de los ciudadanos. El riesgo que representa esta libertad para la duración de la república es, paradójicamente, lo que mejor define el ideal de perfección antinatural al que se dirige su apuesta y lo que hace que esta comunidad sea, desde su concepción, un lugar permanentemente sometido al asedio.

BIBLIOGRAFÍA

DAVIS, J.C.

1985. Utopía y la sociedad ideal. Estudio de la literatura utópica inglesa, 1516-1700. México, FCE.

HOBBS, thomas

1979. Leviatán. Madrid, Editora Nacional.

IMAZ, Eugenio (Comp.)

1975. Utopías del Renacimiento. Moro, Campanella, Bacon. México, FCE.

ROUSSEAU, J. J.

1975. Emilio. México, UNAM.

ROSSET, Clément

1974. La antinaturalidad. Elementos para una filosofía trágica. Madrid, Taurus.

RUBERT DE VENTOS, Xavier

1976. Ensayos sobre el desorden. Barcelona, Kairós.